

Todos tus datos nos pertenecen: el auge de Palantir

JAMES VINCENT :: 18/11/2025

Una biografía del fundador de la empresa tecnológica, Alex Karp, revela la filosofía que se esconde tras su inquietante conquista del mundo occidental

Si Alex Karp no existiera, Peter Thiel tendría que inventarlo. El cofundador de PayPal (el Sr. Thiel), obsesionado con el anticristo, y el patriota director ejecutivo de Palantir (el Sr. Karp) se conocieron en la universidad, donde ambos se unieron como intelectuales marginados. «Discutíamos como animales salvajes», recuerda Karp. En 2004, Thiel invitó a Karp a dirigir Palantir, una empresa de inteligencia artificial, vigilancia y análisis de datos creada a raíz del 11-S. Karp fue contratado en parte por su capacidad para vender la visión de la empresa de un mundo cada vez más violento y volátil en el que los datos eran clave para gestionar el riesgo.

Con una perspectiva poco convencional pero socialmente magnética, Karp supuestamente utilizaba «trucos mentales» con clientes y compañeros de trabajo para asegurarse sus contratos y su lealtad. Las apuestas de Thiel --por Karp como líder y por la inestabilidad global como mercado en crecimiento-- han dado sus frutos. El año pasado, las acciones de Palantir fueron las que mejor rendimiento obtuvieron en el S&P 500 y el propio Karp recibió una remuneración total de 6800 millones de dólares. Como dijo el director ejecutivo en una entrevista en 2022, el año del inicio de la guerra de la OTAN contra Rusia en Ucrania: «Los malos tiempos son increíblemente buenos para Palantir».

En *The Philosopher in the Valley*, la primera biografía escrita sobre Karp, el periodista Michael Steinberger sostiene que nadie más podría haber gestionado esta trayectoria con tanta habilidad. Describe Palantir como una proyección del carácter de Karp y el carácter de Karp como uno definido por la inseguridad. Karp es un germofóbico que prosperó durante las rutinas aisladas de la pandemia; hijo de un judío alemán, apoyó con vehemencia a Israel en su genocidio en Gaza. No es precisamente el alma del mundo a caballo, sino una manifestación corporativa de la paranoia y la belicosidad de nuestra época.

Karp nació en 1967 y se crió en un hogar progresista de Filadelfia. Su madre era una artista negra y su padre, un pediatra judío. Ambos llevaron a Karp a protestas políticas desde muy joven, inculcándole una política de izquierdas que él cultivaría durante sus veinte años, pero que más tarde abandonaría. La educación de Karp se vio marcada por una discapacidad de aprendizaje, y fue esta combinación de identidades la que fomentó su deseo de supervivencia. Como Karp le dice a Steinberger: «Eres un chico judío de izquierda, racialmente amorfo y que además es disléxico, ¿no se te ocurriría que estás jodido?».

En 1989, se graduó en Filosofía por el Haverford College de Pensilvania antes de ingresar en la Facultad de Derecho de Stanford, donde describe su estancia como «los tres peores años de mi vida adulta». El único aspecto positivo fue la amistad con su compañero de clase Thiel. «Suena demasiado presuntuoso, pero creo que ambos estábamos genuinamente interesados en las ideas», dice Thiel. «Él era más socialista, yo más capitalista. Siempre

hablaba de las teorías marxistas del trabajo alienado y de cómo esto era cierto para todas las personas que nos rodeaban».

Los viajes de verano a Europa convencieron a Karp de ir a la Universidad Goethe de Fráncfort para hacer su doctorado, donde esperaba obtener (en palabras de Steinberger) «una comprensión más profunda de por qué Alemania, un pilar de la civilización europea, había caído en la barbarie». Buscó la tutoría de Jürgen Habermas, el aclamado filósofo de la legitimidad democrática, pero Habermas rechazó la solicitud de ser el segundo lector de su tesis. (Karp sostiene que Habermas fue durante un tiempo su director de tesis y le dice a Steinberger que no entiende por qué el filósofo de 96 años ahora busca minimizar su relación, una evasiva que se supone que proviene de la diplomacia y no de la falta de imaginación). El trabajo resultante, *«La agresión en el mundo de la vida: ampliación del concepto de agresión de Parsons a través de la descripción de la relación entre jerga, agresión y cultura»*, explora el fenómeno del antisemitismo secundario, una tendencia resumida en la observación, a menudo atribuida al psiquiatra israelí Zvi Rix, de que «los alemanes nunca perdonarán a los judíos por Auschwitz».

Dada la importancia de la formación académica de Karp para su imagen, muchos han analizado este trabajo en busca de pistas sobre su posición actual. En particular, la académica de Harvard Moira Weigel vio en la tesis de Karp algo así como una prefiguración del negocio de análisis de datos de Palantir. Según Weigel, el trabajo de Karp reinterpreta el libro de Theodor Adorno *La jerga de la autenticidad*, que describe cómo se utilizó la retórica existencialista en la Alemania de la posguerra para ocultar políticas reaccionarias. Para Adorno, el objetivo de examinar la jerga es prestar atención a los problemas sociales que oculta. Pero Karp se conforma con limitarse a trazar un mapa de cómo la agresividad lingüística oculta une a las comunidades. Weigel afirma que esta «sistematización» de Adorno es similar a los métodos del 'big data', que dedican grandes esfuerzos a trazar patrones superficiales sin abordar la causalidad subyacente. Steinberger describe la interpretación de Weigel como «forzada e inverosímil». No ha entendido el punto. No es que la tesis de Karp sea como el análisis de datos, sino que su enfoque revela algo de su forma de pensar: analítica, pero ahistórica.

El artículo también muestra la inteligencia social y lingüística de Karp: su capacidad para comprender el subtexto y escuchar lo que las personas no dicen en voz alta cuando hablan. A juzgar por el relato de Steinberger, el carisma de Karp es formidable, y es lo que lo convenció a Thiel para el puesto en Palantir cuando Karp regresó a EEUU.

Fundada en 2003, los primeros años de Palantir fueron tenaces, sin ser particularmente inspiradores. Recibió financiación de In-Q-Tel, la división de capital riesgo de la CIA, que se había visto avergonzada por los (supuestos) fallos de inteligencia del 11-S. La empresa comenzó a forjar relaciones con clientes gubernamentales --que ahora representan algo más de la mitad de sus ingresos e incluyen no solo a la CIA, sino también al FBI, la NSA y prácticamente todas las ramas del ejército estadounidense--, así como con algunos clientes comerciales. En esta primera etapa fracasó en muchas ocasiones, aparentemente porque su software no podía ofrecer los conocimientos mágicos que Karp prometía. Esto provocó el rechazo de las empresas de capital riesgo establecidas en Silicon Valley, que le proporcionaban la financiación que tanto necesitaba. Karp se lo tomó como algo personal. A

día de hoy, sigue criticando a una industria que invierte dinero en trampas de atención y publicidad dirigida, mientras ignora lo que él considera avances tecnológicos mucho más significativos, como el análisis de datos.

Desde el punto de vista financiero, los inversores de capital riesgo no estaban del todo equivocados. Durante muchos años, Palantir perdió mucho dinero, registrando unas pérdidas netas anuales de 600 millones de dólares hasta 2018. Solo obtuvo sus primeros beneficios en 2023, momento en el que ya había perfeccionado su oferta de software. Su eventual éxito financiero se debe en parte a su función como «acción meme», algo que Steinberger no aborda. Palantir salió a bolsa en 2020 y el precio de sus acciones se ha visto impulsado por un gran número de inversores minoristas cuya fe en el valor de la empresa se convirtió en una profecía autocumplida. Las acciones meme son en parte un esquema piramidal y en parte una moda de las redes sociales, que se basan en bromas y publicaciones sin sentido para difundir el evangelio y hacer que el aburrido trabajo de invertir resulte divertido y atrevido. Los partidarios de Palantir se reúnen en Reddit, donde alaban a «Daddy Karp» y se desahogan sobre sus críticos pusilánimes.

Es aquí donde vemos la utilidad financiera de contratar (en palabras de Karp) a un «CEO completamente loco». Al igual que con Elon Musk y sus fanáticos, la naturaleza desenfadada de las declaraciones públicas de Karp genera una particular forma de lealtad risueña y vengativa. Cuando Karp se burla de sus detractores en las entrevistas («Me encanta la idea de conseguir un dron y rociar con orina mezclada con fentanilo a los analistas que intentan fastidiarnos»), sus seguidores comparten los vídeos, se divierten y sacan (como dicen en Internet) sus «tendies». Si el valor de una empresa en el siglo XXI se basa tanto en la percepción 'online' como en los fundamentos empresariales, es útil tener un director ejecutivo cuya volatilidad emocional funciona tan bien en el teatro de las redes sociales.

¿Qué hace realmente Palantir? Es una pregunta que surge una y otra vez en las redes sociales. También es sorprendentemente fácil de responder, a pesar de la reputación oculta de la empresa: Palantir recopila fuentes de datos dispares y facilita su búsqueda. Es el Google de las organizaciones caóticas, cuyo software conecta varias bases de datos y sistemas informáticos en una única plataforma unificada. Si los servicios de la empresa se pudieran aplicar a tu vida, sería como si un equipo de especialistas llegara a tu casa y rebuscara en tu escritorio, actualizando tus listas de tareas pendientes, tus contactos y tus calendarios; sincronizando y ordenando los archivos que tienes dispersos en media docena de teléfonos antiguos y discos duros, y, en general, poniendo todo en orden. ¿No pagarías un buen dinero por un servicio así? Por supuesto que sí.

Ahora, imagina que eres un país y que este caos no es personal, sino institucionalizado, y que no solo abarca unos pocos buzones de correo electrónico y viejos USB, sino, por ejemplo, todo un sistema sanitario, incluyendo nóminas, adquisiciones y seguros, o una guerra de mediana envergadura. ¿No pagarías entonces mucho dinero? ¿No pagarías de hecho millones y millones y estarías extremadamente agradecido a quienquiera que solucionara este lío en tu nombre? De ahí el auge de Palantir.

Esta aburrida verdad da lugar a una narrativa aburrida. Por ello, los relatos bien

documentados de Steinberger sobre los hitos de Palantir durante la pandemia de Covid-19 o la evacuación de Afganistán tras la derrota de EEUU en 2021 son inevitablemente áridos. Sí, hay un drama humano latente en estos escenarios, pero los relatos de las intervenciones de Palantir revelan su banalidad. Parafraseando el testimonio de un analista de la CIA: «Bueno, busqué el nombre de alguien en mi base de datos y, gracias al software de Palantir, los resultados incluían los nombres con errores ortográficos, además de la ortografía correcta, y debo decir que fue muy útil».

O están las historias sobre lo que la empresa denomina grandilocuentemente sus «ingenieros desplegados en primera línea». ¿Adivinas qué describe un título tan machista? Exacto: asistencia técnica in situ. Esta es una de las grandes innovaciones de Palantir. Cuando consigue un contrato, envía a sus empleados directamente a las instalaciones del cliente para responder a sus preguntas en persona, explicar cómo funciona su software y (suponemos) para que, de vez en cuando, personas importantes les griten con el fin de liberar estrés y gestionar su ego. Este trabajo emocional puede ser vital. Y aunque pueda parecer glamuroso que los lugares de trabajo en cuestión sean, en ocasiones, zonas de guerra, esto no oculta ni la banalidad ni la utilidad de dicho servicio.

Frente a estas prácticas mundanas, la empresa ha protegido su propia mística, y quizá sea aquí donde Palantir ha tenido más éxito. El nombre es típico: una referencia a las piedras videntes del legendario mundo de J. R. R. Tolkien. Ofrece un significado inocuo (comunicación a larga distancia), pero también tiene connotaciones inquietantes (en *El señor de los anillos*, los *palantíri* son, en particular, un conducto para visiones corruptas). Sin duda, una empresa malvada no se pondría el nombre de algo malvado, ¿verdad? Pero, ¿y si lo hiciera?

Esta desconcertante alegría se ve compensada por la retórica estridente de Karp y su repetida declaración de intenciones: defender la democracia liberal y los valores occidentales. Karp ha predicado este evangelio desde los inicios de la empresa y, aunque este discurso era inusual en la industria tecnológica de los años 2000 y 2010, ahora parece premonitorio. Desde entonces, el sector se ha alineado con la cultura chovinista del Partido Republicano de Trump.

Del mismo modo, mucho antes de que los aranceles del presidente comenzaran a obstaculizar los flujos de mercancías y capital entre Oriente y Occidente, Karp declaró que no haría negocios con adversarios globales como China. En una carta a los inversores a principios de este año, incluso citó con aprobación a Samuel Huntington, famoso por su «choque de civilizaciones», destacando su afirmación de que el auge de Occidente no fue posible «por la superioridad de sus ideas, valores o religión... sino más bien por su superioridad en la aplicación de la violencia organizada».

Este año, la afición de Karp por la exposición alcanzó la extensión de un libro con *The Technological Republic* (escrito en colaboración con el director de asuntos corporativos de Palantir, Nicholas W Zamiska, pero que es mejor considerar como obra propia de Karp). El libro es más interesante de lo que algunos han afirmado, ya que ofrece una visión de la mente de una élite ascendente, pero resulta curiosamente vacío a pesar de su pretensión de proporcionar un plan para rejuvenecer la república estadounidense.

Es cierto que hay algunas sugerencias prácticas que encontrarían apoyo en todo el espectro político. Por ejemplo, animar a los profesionales técnicos a ocupar cargos políticos; atraer a mentes brillantes al servicio público con salarios más altos e integrar la ciencia en la cultura popular. Pero a pesar de las ambiciones filosóficas del título del libro, las directrices de Karp son más triviales que platónicas. La mayor parte del libro parece un relleno, con unas pocas palabras y frases clave recombinadas mecánicamente a lo largo del texto como símbolos en una máquina tragaperras. Debe haber un «proyecto significativo» de «propósito nacional» que utilice la «mitología compartida» para crear una «identidad colectiva» que fomente el «progreso humano». Como ha señalado el escritor John Ganz, existe una inquietante similitud entre esta retórica y la tesis doctoral de Karp sobre la jerga reaccionaria que Adorno identificó en la Alemania de la posguerra. Es un gesto hacia el significado, pero realizado con las manos vacías.

La receta más concreta de *The Technological Republic* --y la que se ve más claramente en las prácticas reales de Palantir-- es la fusión del Estado y la empresa privada, especialmente en materia de policía, seguridad y guerra. Quizás no sea sorprendente que una empresa como Palantir se dedique a esta labor. Los Estados ejercen la violencia. Utilizan la información para seleccionar los objetivos de esta violencia. Si se clasifica la información para el Gobierno, se acaba colaborando en esa labor de forma natural. Llámese la banalidad de los datos.

Sin embargo, el uso de empresas para esta labor crea incentivos únicos y peligrosos. La expansión de la vigilancia se convierte en un plan de negocio en lugar de una respuesta a amenazas creíbles; se pierde la rendición de cuentas al sustituir a los funcionarios públicos por contratistas privados; y se reduce la capacidad técnica del Estado, lo que le impide examinar los resultados de sus propias políticas. La fusión entre el Estado y la empresa es una en la que la propia soberanía se privatiza.

Palantir ha fomentado esta privatización al entrar con entusiasmo en los ámbitos más volátiles que configuran la política estadounidense en la década de 2020. En Israel, después del 7 de octubre, Palantir firmó una nueva asociación estratégica con las Fuerzas de Defensa de Israel, y Karp celebró una reunión de la junta directiva en Tel Aviv al año siguiente para manifestar su apoyo inquebrantable al régimen de apartheid. Ha respondido a las acusaciones de que está facilitando el genocidio con refutaciones cuidadosamente redactadas y afirma que tiene un «compromiso de larga duración con la preservación de los DDHH».

La empresa también ha profundizado su relación con el Departamento de Seguridad Nacional y la agencia de Inmigración y Control de Aduanas (ICE) de EEUU, con la que lleva muchos años trabajando. A medida que Trump invierte dinero en estos organismos, Palantir cosecha los beneficios. En abril se reveló que la empresa había ganado un contrato de 30 millones de dólares para construir una plataforma llamada ImmigrationOS para la ICE, que no solo agregará datos del Gobierno, sino que también extraerá información de las redes sociales y los registros de localización de teléfonos. Palantir sostiene que no establece políticas, sino que simplemente proporciona herramientas. Esto es falso. Si el Gobierno carece de los conocimientos necesarios para saber qué conclusiones se pueden extraer con seguridad de los datos, entonces son las herramientas las que le guiarán. Y esto sin tener en

cuenta el hecho de que las políticas que Palantir apoya ahora incluyen secuestros en las calles de EEUU por parte de agentes enmascarados, perfiles raciales y detenciones ilegales.

Debido en parte al momento en que se publicó su libro, Steinberger no puede examinar con el detalle que merecen esta transformación de Karp, su empresa y su política. En un epílogo, recuerda su encuentro con Karp durante el fin de semana del 4 de julio, tras las protestas frente a las oficinas de Palantir y las dimisiones de empleados por los contratos de la empresa con el régimen de Netanyahu. La conversación se parafrasea en su mayor parte y dista mucho de ser satisfactoria. Karp, partidario desde hace mucho tiempo de los demócratas, que en agosto de 2024 dijo que no votaría a Trump, no parece inmutarse por la depravación moral que ahora se atribuye a la obra de su vida, y en cambio culpa a los progresistas de las políticas del Gobierno. «Estoy harto de que la gente de izquierdas fomente los movimientos populistas de derechas porque no se comportan como adultos en estas cuestiones», afirma, antes de añadir: «Ser impopular paga las facturas».

Es un comentario improvisado, pero funciona como lema para la república tecnológica de Karp. Este es el mito comunal y el propósito nacional que ha estado buscando: el ejercicio del poder, sin el lastre de la ética y ricamente recompensado.

newstatesman.com. Traducción: Antoni Soy Casals para Sinpermiso.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/todos-tus-datos-nos-pertenecen-el-auge>